FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

# Los primeros historiadores Griegos y el nacimiento del Método Inquisitivo-Crítico

## Carecterización y limitaciones del método inquisitivo-crítico

Autor:
Jorge Luis Cassani

Revista:
Anales de Historia Antigua y Medieval

1961 - 10, pag. 07 - 30

Artículo

FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA

# LOS PRIMEROS HISTORIADORES GRIEGOS Y EL NACIMIENTO DEL METODO INQUISITIVO-CRITICO *

## I

## CARACTERIZACION Y LIMITACIONES DEL METODO INQUISITIVO-CRITICO

por

**Jorge Luis Cassani**

### Primera parte

El método que se configura a través de los primeros historiadores griegos puede ser denominado con estricta justicia INQUISITIVO-CRÍTICO, puesto que su esencia consiste en la formulación de preguntas hábilmente eslabonadas a los testigos de los hechos que se intentan reconstruir, y luego, comparando los diversos testimonios obtenidos, llegar a la verdad empleando una cierta crítica.

El citado método, empleado a diario en los tribunales de Grecia y que en nuestros días se usa en el desarrollo de múltiples actividades —el periodismo, por ejemplo—, no excluía en modo alguno la consulta eventual de otros tipos de testimonios, como ser inscripciones, documentos, etc., pero —repetimos— lo esencial del método consistía en el interrogatorio de los testigos presenciales o auriculares, de ser posible sobre el mismo terreno en que los hechos habían ocurrido, y la posterior comparación de los testimonios resultantes, coronada por una cierta crítica de los mismos.

Nuestro propósito en este ensayo es tratar de reconstruir el proceso que da lugar a la aparición y perfeccionamiento del método inquisitivo-

* La idea de profundizar el análisis de los orígenes del método inquisitivo-crítico nos fue sugerida al preparar un trabajo anterior, en cuyo transcurso reunimos muchos materiales para ello. Empero, las características del citado trabajo nos impidieron extendernos al respecto, con lo que los elementos antes citados no pudieron ser utilizados en todas sus proyecciones. Ahora, luego de haber desarrollado el tema en un curso de seminario de la Universidad Nacional del Litoral, nos decidimos a publicar reunidos y sistematizados los resultados de tales búsquedas. Por razones de orden técnico presentamos este ensayo dividido en dos partes; la primera, de introducción general al problema, comprende cuatro capítulos, mientras que la segunda, donde se abordan los temas centrales, aparecerá en fecha próxima.

Aprovechamos la oportunidad para agradecer al profesor Albino Garzetti el envío del promanuscrito de una obra citada en este trabajo, así como al doctor Alberto Freixas que ha escuchado con paciencia algunos de los planteos básicos; al doctor León Dujovne, quien ha leído con suma gentileza el apartado correspondiente a la Historiografía hebrea, y a mi colega el doctor Pérez Amuchástegui, con quien discutimos virtualmente todo el manuscrito de esta primera parte.

crítico, pues el nacimiento de este método coincide, o más exactamente, determina el nacimiento de la historia como pesquisa de "res-gestae", según veremos en su momento.

Con tal motivo hemos creído oportuno comenzar por un tema que quizá debería integrar la última parte del trabajo: la caracterización del método inquisitivo-crítico y el análisis de sus posibilidades y limitaciones. Lo hacemos en la convicción de que así damos mayor coherencia a los capítulos posteriores y, al propio tiempo, seguimos el orden en que nosotros mismos enfrentamos el problema.

Careciendo los primeros historiadores griegos de otras posibilidades metodológicas para reconstruir el pasado, salvo las que brevemente acabamos de caracterizar, y acuciados por las exigencias de una nueva actitud cognoscitiva, aguzaron cada vez más su precario instrumento de trabajo, llevándolo a las máximas posibilidades. Pese a este loable esfuerzo, el flamante método —aun en manos de sus más destacados cultores— se vio afectado por graves limitaciones que restringieron su eficacia y extensión.

El historiador inglés Collingwood, en su conocida obra "Idea de la Historia", hace un brillante análisis de las limitaciones más importantes que aquejaron al método inquisitivo-crítico utilizado por los primeros investigadores helenos [1]; nosotros, en un trabajo anterior, hemos agregado otras, que si bien no modifican esencialmente el planteo de Collingwood, lo hacen, a nuestro parecer, más complejo e inteligible [2].

Dichas limitaciones, que no dejan en ningún momento de incidir sobre los historiadores griegos, son en síntesis, las siguientes:

I) Limitación en el tiempo.
II) Limitación en el espacio.
III) Limitación en la comunicabilidad.
IV) Limitación crítica.
V) Limitación temática.
VI) Limitación en la universalidad.

Aunque no hayamos establecido diferencias de grado entre estas seis limitaciones, creemos oportuno adelantar que tanto la limitación crítica, como la temática y la que afecta a la universalidad, surgen naturalmente de las tres primeras, pues, restringido a fronteras cronológicas, estrechas, no pudiendo ir en su inquisición más allá de un cierto ámbito geográfico y teniendo que afrontar graves problemas en el orden de la comunicabilidad con sus testigos, el historiador no era enteramente libre para elegir el tema de investigación sin afectar el rigor de su tarea crítica y menos aún, fuese cual fuese el tema seleccionado, incorporar su obra a una "totalidad más amplia".

Veamos rápidamente en qué consisten dichas limitaciones antes de adentrarnos en el problema de los orígenes del método inquisitivo-crítico.

1 COLLINGWOOD, R. G., *The Idea of History, Oxford,* 1946. En este trabajo utilizamos la excelente traducción al castellano de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, 1952; págs. 37-40.

2 Ver CASSANI-PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Del Epos a la Historia Científica,* Buenos Aires, 1959; págs. 17 y ss.

### Limitación en el tiempo

Podríamos resumir esta limitación diciendo que la eficacia del método inquisitivo-crítico fue siempre, en los primeros historiadores griegos, inversamente proporcional a la antigüedad de los hechos que trataban de reconstruir. Ello se debió a que estando obligado el historiador a valerse de su propia experiencia y de los relatos de los testigos presenciales o auriculares, únicamente tenía acceso pleno a un cierto tipo de fuentes. Los testimonios así obtenidos son auténticamente válidos sólo para el pasado más inmediato, pues cuando se refieren a hechos más lejanos, por obra de los vicios que afectan a la transmisión oral, pierden gran parte de su valor.

Sin embargo, urgidos por la necesidad de conocer las causas mediatas de los hechos que estudiaban, los primeros historiadores griegos fueron algunas veces más allá de los límites permisibles por sus recursos metodológicos. Las consecuencias de tal actitud resultan evidentes. Basta comparar los trozos referentes a hechos mediatos con aquellos que se refieren a acontecimientos contemporáneos o muy próximos al historiador para advertir el abismo que los separa.

Así, mientras todo lo que Tucídides dice sobre los orígenes griegos está sujeto a cuestión, su reconstrucción de la guerra del Peloponeso permanece virtualmente incólume, pese a haber transcurrido casi dos mil quinientos años desde que escribiera la obra que le hizo famoso. Otro tanto ocurre a Heródoto cuando se ocupa de los lejanos orígenes de Lidia, Persia, etc., pues no tiene más remedio que admitir testimonios sumamente dudosos a los que no podía comparar con otros ni someter a una crítica segura.

En consecuencia, podemos afirmar que los "historiadores griegos del siglo v —aun los más notables por su agudeza crítica— no pudieron apartarse de su propia época sin perder de inmediato el control de la verdad..." [3].

### Limitación en el espacio

Lo mismo que en el caso anterior, aunque quizá con menor rigor, podríamos resumir esta limitación en una fórmula similar diciendo que la eficacia del método inquisitivo-crítico en los primeros historiadores griegos, fue siempre inversamente proporcional a la distancia que separaba el escenario de los hechos que deseaban reconstruir del ámbito habitual del historiador.

Para ser justos habremos de aclarar que esta limitación procede tanto del método utilizado, como de las circunstancias históricas. Casi no deberíamos repetir que para obtener testigos en número suficiente de un hecho cualquiera —salvo raras casualidades— es necesario que el investigador se traslade a los lugares donde ocurrió el suceso. En nuestros días el problema se suele reducir a una cuestión económica, y diariamente vemos a los periodistas —que como dijimos, emplean en cierto modo un método similar— acudir al teatro de los sucesos notables

3 Cassani-Pérez Amuchástegui, *Del Epos a la Historia Científica, op. cit.*, págs. 17-18.

para interrogar, comparar, criticar y formular sus artículos. Pero en los tiempos que nos ocupan cada viaje entrañaba riesgos e inconvenientes de todo tipo y, con suma frecuencia, resultaba imposible al historiador helénico penetrar en o recorrer satisfactoriamente ciertas regiones. De hecho gran parte del Oriente Próximo estuvo prácticamente vedado al acceso regular de los griegos hasta la época de Alejandro [4]. Los historiadores del siglo v a. de J. C., pese a su empeño, sólo pudieron cumplir con rigor el interrogatorio de un número suficiente de testigos cuando se ocuparon de hechos ocurridos dentro de su propio campo o en regiones próximas, pues aun los que procuraron viajar para informarse —como es el caso de Heródoto—, en parte por limitaciones que analizaremos acto seguido, y en parte por las dificultades inherentes a los viajes mismos, resultaban cada vez más endebles en sus reconstrucciones a medida que se alejaban del campo habitual de sus actividades. ¿Por qué sorprendernos? ¿Acaso no ocurre hoy lo propio cuando por motivos políticos o militares se veda o dificulta el libre acceso de los periodistas al teatro de los acontecimientos?

### Limitación en la comunicabilidad

Así como el tiempo y la distancia actuaron negativamente en la aplicación correcta del método inquisitivo-crítico, también la distancia cultural entre el historiador y el pueblo en cuyo seno ocurrieron los hechos que trataba de reconstruir levantó una valla —a veces casi imposible de salvar— entre propósitos y resultados.

Mientras los investigadores se ocupaban de hechos ocurridos dentro del campo de su propia cultura o de culturas afines con la propia, los testimonios les eran directamente asequibles. Ello no ocurría cuando habían tenido lugar entre hombres culturalmente muy distantes del historiador. Hoy que contamos con ediciones críticas, con traductores especializados y toda una gama de recursos igualmente rigurosos, el problema no se nos presenta con la perspectiva real. Ninguno de esos recursos se hallaba a disposición de un Heródoto, por ejemplo, quien se vio obligado a recurrir a los buenos oficios de intermediarios poco seguros [5].

Unamos al factor idiomático lo que podríamos denominar "desconfianza nacional", los intereses particulares de cada informante e inclusive la vanidad de quienes, sabiendo quizá muy poco más que el mismo historiador, se lanzaban a proporcionarle las más peregrinas explicaciones.

### Limitación crítica

Pese a la preocupación manifiesta de los primeros historiadores griegos por ejercer una cierta crítica de los testimonios que recogían, es evidente que, aun cuando investigaran hechos recientes, desarrollados dentro de su propio ámbito geográfico-cultural, no siempre les fue posible cumplir sus propósitos en forma rigurosa. El método inquisitivo-crítico, por los vicios que afectan a la observación y al recuerdo [6], no puede

4 *Id.*, pág. 18.
5 *Id.*, págs. 18-19.
6 Trataremos este tema en un próximo trabajo, realizado en colaboración con el doctor José Pérez Amuchástegui, titulado *Las fuentes de la historia*. De próxima aparición.

ofrecer por sí solo la seguridad de una crítica correcta. "Aunque es evidente que cuando más se acercaba el historiador a temas de su época y su ambiente —decíamos en un trabajo anterior—, mayores eran las posibilidades de ejercitar cierta crítica, ésta no pudo ser jamás absolutamente segura en el orden metodológico, y dependió casi exclusivamente del buen sentido (common sense) y del instinto de cada uno de ellos." [7]

### Limitación temática

Afirma con justeza Collingwood que "... el método del historiador griego le impide elegir su tema. No puede, como Gibbon, comenzar por el deseo de escribir una gran obra histórica y después preguntarse sobre qué cosa escribir. Lo único sobre lo cual puede escribir son los sucesos que han acontecido dentro del alcance de la memoria de personas con quienes el historiador puede tener contacto personal." [8] De esta limitación, que surge de las limitaciones anteriores, se puede deducir fácilmente que no es el historiador quien elige el tema que habrá de investigar, sino el tema el que se impone al historiador.

Collingwood va aún más lejos al afirmar rotundamente que "no hubo en Grecia historiadores en el mismo sentido en que hubo artistas y filósofos: no había personas que dedicaban su vida al estudio de la historia; el historiador sólo era el autobiógrafo de su propia generación y la autobiografía no es una profesión." [9]

### Limitación en el orden de la universalidad

Reflexionando sobre todo lo que acabamos de apuntar, surge como lógica conclusión que para su correcta aplicación, el método inquisitivo-crítico exigía el respeto de una serie de limitaciones que, al decir de Collingwood, lo convertían en el autobiógrafo de su propia generación. Además, al propio tiempo le vedaba acceso a una comprensión plena de lo que hoy denominamos Historia Universal y aun de la misma Historia de Grecia. Concluye al respecto Collingwood, que hace un prolijo análisis de la cuestión: "El trabajo que un contemporáneo emprendió a base de esos testimonios no puede mejorarse ni criticarse, y tampoco incorporarse a una totalidad más amplia, porque es como una obra de arte; es decir, algo que tiene la unicidad e individualidad de una estatua o de un poema." [10]

## II

## LOS PRIMEROS HISTORIADORES GRIEGOS Y SU NUEVA ACTITUD FRENTE AL PASADO

En un trabajo anterior, utilizando como piedra de toque el método, habíamos esbozado esquemáticamente las etapas fundamentales por las que atravesó la historiografía griega desde sus orígenes, hasta la época

7 Cassani-Pérez Amuchástegui, *Del Epos... Op. cit.*, pág. 19.
8 Collingwood, *Op. cit.*, pág. 40.
9 Collingwood, *Op. cit.*, pág. 40.
10 Collingwood, *Op. cit.*, pág. 40.

romana [11]. A los efectos de determinar con mayor precisión el objeto de este ensayo, creemos hoy oportuno recordar dicha división, concretada en forma de cuadro sinóptico.

| | | |
|---|---|---|
| I<br>FORMAS PREHISTORIOGRÁFICAS<br>(Hasta el siglo VI a J. C.) | Epopeyas anónimas o de autor desconocido<br>Estásimo de Chipre<br>Eumelo de Corinto<br>Homero<br>Lesques de Mitilene<br>Hagias de Trecena<br>Eugamon de Cirene<br>Arctino de Mileto<br>Creófilo de Samos | *Ciclo épico* |
| II<br>HISTORIOGRAFÍA JÓNICA<br>(S. VI-V a J. C.) | Cadmos de Milcto<br>Acusilao de Argos<br>Hecateo de Mileto<br>Carón de Lampsaco<br>Helénico de Mitilene | *Formas protohistoriográficas* |
| | HERODOTO DE HALICARNASO | *Nacimiento de la historia* |
| III<br>HISTORIOGRAFÍA ÁTICA<br>(S. V-IV a J. C.) | Tucídides de Atenas<br>Jenofonte de Atenas | *Consolidación del método. Nace la historia pragmática* |
| IV<br>HISTORIOGRAFÍA HELENÍSTICA<br>(S. IV-III a J. C.) | Teopompo de Quíos<br>Eforo de Cumas<br>Durídides de Samos<br>Calístenes de Olinto<br>Eumenes de Cardia<br>Filino de Agrigento<br>Sosilo de Ilion<br>Filocoro | *Influencia retórica y filosófica*<br>*Método de autoridades. Memorias y monografías* |
| V<br>HISTORIOGRAFÍA GRIEGA DURANTE LA DOMINACIÓN ROMANA<br>S. II a J. C. - S. VI D. C.) | Polibio de Megalópolis<br>Posidonio de Apamea<br>Dionisio de Halicarnaso<br>Plutarco de Queronea<br>Flavio Josefo<br>Flavio Arriano<br>Dión Cassio<br>Apiano de Alejandría<br>Pausanias<br>Zósimo<br>Esteban de Bizancio | *Epoca republicana. Consolidación de la historia pragmática*<br>*Epoca imperial. Florece la biografía. El género monográfico y las obras de erudición* |

Definimos y caracterizamos entonces cinco momentos dentro del proceso evolutivo de la Historiografía Griega, cinco etapas con características propias y originales, que les confieren clara individualidad.

Pese a las características originales que hemos hecho resaltar y a los valores que pueden atribuirse a cada una de las mencionadas etapas, muchos helenistas e historiadores se han inclinado, y se inclinan hoy

[11] Se trata del trabajo, realizado en colaboración con el doctor A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, titulado *Del Epos a la Historia Científica*, Buenos Aires, 1959. En dicha obra se dedica gran parte del Capítulo II, págs. 15-49, al análisis de la Historiografía griega. El ensayo de clasificación al que aludimos puede consultarse en las págs. 26-27.

—con marcada predilección— por el período que figura en nuestro cuadro con el número III: la Historiografía ática. La causa de tal predilección radica no en Jenofonte, magüer los méritos que aquilatan sus obras, en especial la Anábasis de Ciro, sino en la Historia de la Guerra del Peloponeso, considerada con justicia como uno de los más brillantes monumentos de la historiografía de todos los tiempos. Esta obra resultó —aunque por motivos diferentes— como su autor lo había adelantado [12]:

*κτῆμα ἐς αἰεὶ μᾶλλον ἢ ἀγώνισμα*
*ἐς τὸ παραχῆμα ἀκούειν ζύγκειται*

Tucídides la escribió con el propósito, claramente expresado, de ir más allá del simple relato de los hechos, procurando descubrir a través de los acontecimientos pasados, normas generales que sirviesen para orientar en forma permanente la conducta humana en el terreno político-militar. Creemos muy oportuno para aclarar el pensamiento de Tucídides, citar las palabras que pronunciara el profesor Paolo Enrico Arias en su curso de la Facultad de Letras de la Universidad de Bolonia (Año Académico 1953-1954), pues son, a este respecto, expresión ajustada de nuestro propio pensamiento:

"La legge che domina la storia per Tucidide è questa, che homo homini lupus, e gli imperi, anche quando si fondano sull'ingiustizia, anche quando s'innalzano su rovine hanno ragione di esistere perchè dal disordine creano l'ordine; meglio ancora quando sorgono per opera dell'intelligenza comme nell'Atene di Pericle; questa intelligenza deve essere però capace, virtuosa, cioè creatrice, anche se fondata su errori e colpe morali; basta che essa trionfi".

Tucídides estaba convencido de que los grandes cambios de orden político, los acontecimientos importantes en materia militar, podían llegar a preverse por cuanto, en cierto modo, este tipo de hechos se repetían. Tal convicción constituye el punto de partida de lo que llamamos historia pragmática, manifiesta en Tucídides y estructurada siglos más tarde, en forma ya rigurosa, por Polibio de Megalópolis [13].

12 Tuc., I, 22.

13 J. de Romilly, en la introducción a su edición de *Tucídides* (París, 1953, pág. 13) dice al respecto: "Il va même plus loin, et son désir d'intelligibilité est tel que les enchaînements qu'il dégage prennent une valeur presque nécessaire. Les chefs, en effet, essaient de prévoir, ils le doivent, car il y a une part prévisible dans les événements humains, et c'est précisement la fonction des discours chez Thucydide, ...La verité historique perd alors tout caractère anecdotique; l'histoire devient une "acquisition pour toujours". Por su parte, F. Rodríguez Adrados, en la última traducción al castellano que conocemos de la obra de Tucídides (Madrid, 1952), pág. 33, afirma: "El pasado le interesa en cuanto puede explicar el presente...; por sí mismo no le interesa, y su obra comienza con la afirmación de que los sucesos antiguos son de poca importancia". Pocas líneas atrás había dicho: "...este paralelo entre hechos naturales y hechos históricos nos convence de que para Tucídides la historia es ciencia de leyes".

Tanto estos dos autores, como muchos otros que se han ocupado del mismo asunto, se apoyan sobre todo en los conocidos fragmentos de Tucídides I, 22 y II, 48, al propio tiempo que en los discursos. Inclusive Rodríguez Adrados (págs. 40-43) ensaya formular las leyes de los grandes conflictos internacionales, según se desprenden de la Historia de la guerra del Peloponeso. Remitimos asimismo a la conocida obra de W. Jager, *Paideia*, I, págs. 393-430 (México, 1948) y al trabajo de Ch. N. Cochrane, *Thucydides and the science of history*, Oxford, 1929.

Sin embargo, paradoja frecuente en las creaciones del intelecto humano, no fue este sincero y esforzado intento de formular principios ordenadores del acaecer histórico y emplearlos en la predicción de los hechos del futuro, lo que hizo a su obra κτῆμα ἐς αἰεί, sino la forma sólida, penetrante y ecuánime con que la elaboró. Se ha dicho, y creemos con estricta justicia, que todo relato de la guerra del Peloponeso no podrá ser nunca sino una paráfrasis o un resumen del libro de Tucídides [14].

De todas maneras, pese a su fracaso en lo que a encontrar leyes y vaticinar el futuro se refiere, realizó un genial intento en el orden pragmático, cuya trascendencia no puede ser desconocida. Se le ha reprochado —de no muy buena fe algunas veces—, en lo que va de este siglo especialmente, el que sólo se ocupara de hechos político-militares, dejando virtualmente de lado el análisis de los problemas económico-sociales. Nosotros creemos que estas críticas son totalmente injustas por lo anacrónicas, puesto que para los antiguos, tanto la estructura social como la organización económica no desempeñaban papel alguno en la historia; no tenían historicidad [15].

Los elogios y la defensa que acabamos de formular nos relevan de declarar más extensamente aquí nuestro concepto sobre los méritos del notable escritor ateniense, cuya influencia se hizo sentir durante siglos en el campo historiográfico. Sí diremos que los sólidos valores de un Tucídides no podrían resultar comprensibles racionalmente sino como coronación de un proceso, como fruto de la maduración de un estado de cosas, como reflejo de una actitud cognoscitiva peculiar, que de ningún modo puede atribuirse solamente a su esfuerzo individual. De allí el error de peyorar, y esto aún lo llevó a cabo el mismo Tucídides: las producciones historiográficas anteriores a través de las cuales se produjo la compleja gestación de la historia como hoy la concebimos, la historia como pesquisa de "res gestae", punto de origen de aquella que hemos definido en otro lugar como la "re-creación intelectual del pasado humano mediante la pesquisa de «res gestae» sobre la base de testimonios, y la exposición congruente de sus resultados". [16]

Al referirnos a este problema, surge de inmediato el nombre de Heródoto de Halicarnaso, pues son las Historias, y no la Historia de la Guerra del Peloponeso, las que en verdad inician, según el consenso general, lo que hoy podríamos llamar estrictamente historiografía. Para

14 Ver GUSTAVE GLOTZ, *Histoire Grecque*, t. II, París, 1948, pág. 604. Resulta muy difícil superar la sólida investigación de TUCÍDIDES, aun con todos los nuevos aportes de la Epigrafía. Demuestra tal cosa el historiador ALBERTO FREIXAS en su obra *Tucídides y las Inscripciones*, Bs. Aires, 1937. Allí, luego de comparar una serie de inscripciones del *Corpus Inscriptionum Atticarum* y del *Sylloge* de DITTENBERGER —las que transcribe extensamente—, llega a la conclusión final de que "cuando se lee a Tucídides, sus afirmaciones quedan robustecidas por la interpretación de los textos lapidarios".

15 PASSERINI, ALFREDO, *Questioni di Storia Antica*, Milán, 1952; pág. 95. Sintetiza brevemente las lagunas que, para los historiadores actuales, presenta la visión de Tucídides: "Infine —dice— egli si occupa esclusivamente degli avvenimenti politici e militari, non interessandosi ai fenomeni economici, religiosi, etc., cioè al fattore culturale. Questa insufficienza però è comune a tutti gli storiografi antichi, compreso Polibio."

16 CASSANI-PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Del Epos a la Historia Cientifica. Op. Cit.*, pág. 12.

la mayoría de los tratadistas, todo lo anterior, con algunas reservas, como el caso concreto de Hecateo de Mileto, se considera mero relato de acontecimientos, en parte reales, en parte fabulosos, sin mayor preocupación por parte de sus autores en separar lo genuino de lo legendario [17].

De lo que acabamos de exponer surge espontáneamente que, si en este ensayo nos propusimos aportar alguna luz sobre el origen del método inquisitivo-crítico —estrechamente vinculado al origen mismo de la historia— tendremos forzosamente que volvernos a formular la siguiente pregunta: ¿Puede atribuirse —ya con respecto a Tucídides nuestra respuesta no puede ser sino negativa— a Heródoto de Halicarnaso la paternidad de la historia? O, para decirlo de otro modo, ¿es lícito seguir acordando crédito a la famosa cita de Cicerón (De Leg. I, 1-5)) y continuar atribuyendo únicamente a Heródoto los méritos en el proceso que da origen al método inquisitivo-crítico? [18]

Personalmente, aunque no compartimos la mayor parte de las críticas que desde distintos ángulos y en distintas épocas se han disparado contra este autor, ya desde sus propios tiempos, estamos muy lejos de concederle el monopolio de los méritos arriba aludidos. Así como la Historia de la Guerra del Peloponeso presuponía una experiencia anterior que Tucídides supo ordenar y depurar sacando de ella luego muy buen partido, pese al marcado desprecio e ironía con que trata a quienes antes de él escribieron, así las Historias revelan una madurez tal dentro de su género, que sólo se conciben en función de múltiples ensayos anteriores; nosotros la intuimos ya como un comienzo, ya como un fin. Las Historias a la vez que inauguran una nueva época sirven de broche para otra. No es nueva la alternativa de ver a Heródoto como el último logógrafo o como el primer historiador. Pensamos que no es rigurosamente aceptable tal alternativa, pues no hay por qué tomar partido en uno u otro sentido; dado el planteo que acabamos de realizar, es lícito que ambas posiciones se conjuguen en quien, al propio tiempo que asestaba un golpe mortal al género anterior y creaba una nueva forma de reconstruir el pasado, se haya podido sustraer del todo a las influencias anteriores.

Lo que interesa aquí retener —pues ya volveremos detalladamente sobre Heródoto en la segunda parte de este ensayo— es que "La actitud histórica no ha aparecido con Heródoto, y no sólo los pueblos orientales, sino también el Mundo Griego antes que él, han conocido una viva preocupación por el pasado, lo han percibido de cierta manera y han ordenado los conocimientos que sobre él tenían de algún modo." [19]

[17] *Id.*, pág. 30.

[18] No podemos pasar adelante sin aclarar el verdadero sentido que, a nuestro criterio, tiene la paternidad de Heródoto con respecto a la historia. Creemos, como Croce, que "Talete ed Erodoto, a dir vero, sarebbero da chiamare, piutosto che «padri» della filosofia e della storia, «figli» del nostro interessamento per lo svolgimento attuale di queste discipline; e siamo noi che quei nostri figliuoli salutiamo «padri». Di ciò che è accaduto prima di quelli o presso popoli più lontani dal nostro spirito, ci disinteressiamo di solito, non solo perchè ne avanzano scarsi e frammentari documenti, ma sopra tutto perchè sono forme di pensiero che si legano poco strettamente coi nostri problemi attuali." Croce Benedetto, *Teoria e Storia della Storiografia*, Bari, 1920, pág. 166.

[19] Romero, José Luis, *De Heródoto a Polibio*, Bs. Aires, 1952, pág. 29.

¿Aceptar esta afirmación —que pertenece al historiador José Luis Romero— otorga originalidad a la labor de Heródoto? No lo creemos así, ni lo cree tampoco el autor citado, pues agrega de inmediato: "...en el mundo griego anterior a Heródoto aparece ya una imagen del pasado que prefigura vagamente lo que hallamos en él, *aunque debemos reconocer que él la desarrolla y la provee de forma definitiva y precisa*" [20].

De todo lo dicho se infiere que, para desentrañar el problema que nos ocupa, debemos previamente delimitar con exactitud la cantidad y calidad de los posibles aportes aprovechados por Heródoto para concretar metodológicamente la nueva actitud cognoscitiva. Ello nos obliga a penetrar en dos campos de muy delicado análisis: las formas prehistoriográficas que florecieron en el Oriente Próximo y el Mundo Griego antes del siglo VI a. de J. C., y las formas protohistoriográficas, privativas de las ciudades jónicas del Asia Menor.

## III

## LAS FORMAS PREHISTORIOGRAFICAS EN EL ORIENTE MEDITERRANEO Y EL MUNDO GRIEGO

Hemos dicho al concluir el capítulo anterior que para valorar con cierta precisión el grado de originalidad del método utilizado por Heródoto de Halicarnaso y la nueva actitud cognoscitiva que se refleja en su obra, debíamos analizar primero las formas prehistoriográficas (o cuasi históricas, según Collingwood) que florecieron en el Oriente Próximo y el Mundo Griego antes del siglo VI a. J. C. y, a continuación, las denominadas formas protohistoriográficas privativas de las ciudades jónicas del Asia Menor. Pues pensamos que sólo esclareciendo los alcances del pensamiento histórico y del procedimiento utilizado por los escribas orientales, estaremos en condiciones de comenzar a discriminar el grado de participación, la posible influencia que tales producciones pudieron tener en los relatos protohistoriográficos, y luego en el nacimiento del método inquisitivo-crítico, ya directamente, ya a través de los primitivos logógrafos jónicos.

### Las formas prehistoriográficas del Oriente Próximo

Los últimos decenios han sido testigos de una profunda revolución en el campo de los conocimientos que la historiografía occidental poseía sobre las milenarias culturas del Oriente Próximo [21].

20 *Id.*, pág. 29.

21 Podemos afirmar que en cuarenta años se renovó todo el conocimiento sobre el Antiguo Oriente, especialmente en lo que respecta a la Mesopotamia. Baste mencionar como ejemplo que los libros de antes de 1928 para nada mencionaban a Ur, ni los de 1934 a Mari. Por otra parte, estaba la vieja política de los arquéologos de la primera época, que se ocultaban los descubrimientos por temor a que les fueran arrebatadas las piezas disputadas por los museos. Hoy los materiales —accesibles a todos— van enriqueciendo no sólo los museos de Europa y América (British Museum, Louvre, etc.), sino a los de los países en que se realizan los hallazgos. Sabios locales se ocupan ahora, junto con los extranjeros, de excavar intensa y metódicamente el suelo de su patria. A modo de ejemplo de esa colaboración entre los países orientales y la investigación científica, citaremos la actitud del gobierno egipcio ante la futura inundación de grandes zonas de notable riqueza arquelógica por la construcción de la represa de Assuan.

Lo que nos interesa destacar aquí de este proceso es que, entre la enorme masa de nuevos materiales que las excavaciones arqueológicas han puesto a disposición de la ciencia histórica, se cuentan por millares los textos —incisos sobre piedra, metal, arcilla, etc., o escritos sobre pergamino y papiro— que en buena parte contienen relatos que pueden calificarse como "de tipo histórico".

Podemos entonces preguntarnos, con sólidas razones, si no ha sido precisamente la casi total ignorancia de toda esa literatura prehistoriográfica la que impidió a los historiadores occidentales revisar el antiguo criterio sobre la paternidad de la historia.

Creemos estar en lo cierto al afirmar —pese a la importancia que, especialmente en carácter de testimonios, tienen los textos orientales— que tales escritos no afectan en forma sustancial la originalidad de Heródoto ni su título de "Padre de la Historia". Ello no significa, empero, negar la posibilidad de una revisión del ángulo de enfoque de todo el problema, a la manera en que lo plantea, por ejemplo, un Croce.

De todos modos nos parece incontrovertible que los tratadistas, que durante tantos años siguieron concediendo a Heródoto el título aludido, no tuvieron acceso —sino en forma indirecta y sumamente restringida— a los relatos de "tipo histórico" pertenecientes a la órbita de las grandes culturas del Oriente Mediterráneo.

En efecto, durante los siglos XVI, XVII y aun XVIII los eruditos estaban virtualmente obligados a utilizar como fuente casi única para penetrar en la historia del Oriente Próximo, los libros del Antiguo Testamento. Era entonces lógico y comprensible que tuvieran sólo una visión parcial e incompleta del problema concediendo gran importancia —en forma virtualmente excluyente— al pueblo judío en dicho proceso. Las restantes culturas —conocidas a través del Antiguo Testamento y de los relatos de los historiadores grecolatinos— se les aparecían a manera de instrumentos de la cólera divina; Dios los habría creado con el solo objeto de lanzarlos sobre los hebreos cuando éstos se desviaban de la senda que él les había fijado. Cumplida dicha misión, agotaban su esencia vital y desaparecían o quedaban sumidos en una especie de somnolencia de la que no habrían ya de salir. Aun Egipto —que siempre despertó admiración y curiosidad por los grandes monumentos descriptos en relatos de viajeros y peregrinos— no consiguió eludir tal consenso. Con más razón los pueblos mesopotámicos cuyos monumentos, por la índole del material en que habían sido construidos, permanecían ocultos a los ojos occidentales, sepultados bajo los "tels" que recién hoy son excavados sistemáticamente.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX habrían de producirse acontecimientos importantes que originarían una profunda revisión de toda la historia oriental. Pero hasta entonces la actitud más corriente había sido considerar en general a la historia de los pueblos orientales como algo casi estático y a los hombres que participaron en ella como aquejados de insanable tendencia al atraso [22].

A la inversa, y como consecuencia del proceso de reivindicación iniciado en el siglo XVIII, se llegó a caer en opuestas exageraciones al

22 Ver SCHLOSE, F. K., *Histoire du XVIIIe siècle et du XIXe siècle jusqu'à la chute de l'empire français*, París.

trasladar en bloque, primero a la India [23] y luego a Egipto [24], todas las virtudes y méritos que antes se negaban a los pueblos orientales por considerárselos privativos de la cultura grecolatina. La tendencia orientalizante llegó inclusive a atribuir en términos absolutos el origen de la civilización a las culturas orientales, una especie de "ex Oriente lumine" que reemplazaba a rajatabla la anterior y no menos cortante actitud negativa.

Pero este brusco e imprudente cambio de rumbo de ciertos historiadores occidentales, fruto en su mayor parte de generalizaciones apresuradas y que trascendió de inmediato al gran público; esta especie de "moda" por Oriente, había de tener una rica faceta positiva, pues despertó el interés de los medios científicos, de los gobiernos y de la opinión pública, motivando la proliferación de las investigaciones de campo y gabinete, en muchos casos con la protección o subvención oficial. Por este camino se llega primero a un conocimiento más directo y minucioso de los monumentos tradicionalmente conocidos y luego al descubrimiento de muchos otros hasta entonces ignorados. Además, lo que constituye un avance sensacional, se arriba al desciframiento de las escrituras egipcias y mesopotámicas, en el siglo XIX [25], y de las hititas y cretenses, en nuestros días. Esta es para nuestro tema la veta más rica; son hombres como Champollion, Rawlinson, Hrozny y Michael Ventris quienes hacen realmente posible la revolución científica en el campo de la historia del Oriente Próximo y facilitan el esclarecimiento del debatido origen de la Cultura Griega.

De todo este proceso, que ha sido magistralmente expuesto por André Parrot, para el caso de la Mesopotamia [26], nosotros analizaremos sólo el aspecto historiográfico, recalcando antes dos hechos concretos que surgen de lo expuesto: 1) Los tratadistas anteriores al siglo XIX solamente tuvieron una visión restringida e indirecta de la masa de relatos de "tipo histórico" redactados en el Oriente Próximo; 2) Sería entonces lícito pensar que —tal como ha ocurrido en otros aspectos de la historia de la cultura— los orígenes de la historia como pesquisa de "res gestae", han podido ser muy anteriores a Heródoto.

Pero, pese a esta falta de documentación con que tropezamos, no ha sido necesario rectificar excesivamente la opinión de los historiadores anteriores al siglo XIX, pues si aceptamos nuestra definición de la historia como la *recreación intelectual del pasado humano mediante la pesquisa de "res gestae" sobre la base de testimonios, y la exposición congruente de sus resultados,* veremos que los escritos de "tipo histórico", aun a la

23 Entre 1768 y 1771, ANQUETIL DUPERON había publicado la traducción del *Zend-Avesta,* que tituló *Zend Avesta, ouvrage de Zoroastre,* París, 1771. Para mayores detalles sobre la novelesca vida de Anquetil Duperon y las consecuencias de la publicación del *Zend Avesta,* ver PARROT, A., *Archéologie Mésopotamienne. Les Etapes.* París, 1946.

24 A partir de la expedición napoleónica de 1798 y del descubrimiento de la piedra de Rosseta, en 1799, que facilita la tarea de CHAMPOLLION, quien publica su *Précis du Système Hiéroglyphique,* en 1824.

25 Ver FEVRIER, J., *Histoire de l'Ecriture,* París, 1948; págs. 562-566, y SOTTAS H. et DRIOTON, E., *Introduction a l'étude des Hiéroglyphes.* París, 1922.

26 PARROT, A., *Archéologie Mésopotamienne. Op. cit.,* t. I: *Les Etapes.*

luz de los millares de textos descubiertos en los últimos decenios, no responden a ninguna de las condiciones que señala esta definición.

No hay en ellos vestigios de pesquisa alguna, ni se utilizan críticamente testimonios ni se ocupan —y esto constituye una verdadera piedra de toque— de hechos específicamente humanos.

Collingwood [27] señala dos tipos principales de relatos que integran la producción —llamada por ese autor "cuasi-histórica"— del Oriente Próximo: la "historia teocrática" y el "mito" [28].

No niega que el primer tipo, o "historia teocrática", se ocupe de hechos que transcurren entre los hombres, pero la humanidad aparece en ellos no en carácter de "agente", sino de "instrumento" y al propio tiempo de "paciente" de los sucesos. Es decir que la "historia teocrática" no tiene como tema principal hechos humanos, sino "se ocupa de ellos en el sentido de que los personajes divinos del relato son los gobernantes sobrehumanos de las sociedades humanas" [29].

Al propio tiempo acredita también a los relatos teocráticos una cierta temporalidad, son acciones —dice— "situadas dentro de una serie temporal, como acaecidas en ciertas fechas del pasado" [30].

Frente a la "historia teocrática" el mito se manifiesta en cambio —con referencia al tiempo— en una forma que es calificable sólo de cuasi-temporal, pues el narrador "utiliza a manera de metáfora el lenguaje propio de la sucesión temporal, en cuanto narra sucesos que se siguen los unos a los otros en un orden definido" [31].

Lo que en realidad ocurre es que "para la mentalidad creadora de mitos —según afirman H. y H. A. Frankfort— la concepción del tiempo era cualitativa, y no cuantitativa y abstracta. El pensamiento creador de mitos no comprende el tiempo como una duración uniforme o como una sucesión de momentos indiferentes, desde un punto de vista cualitativo. El concepto de tiempo tal como se utiliza en nuestra matemática y en nuestra física, es tan extraño al hombre primitivo como el que forma el marco de nuestra historia. El hombre primitivo no abstraía un concepto de tiempo a partir de la experiencia del tiempo" [32].

Asimismo el mito se aleja de la forma teocrática en el sentido de que "el elemento humano ha sido completamente eliminado y sólo quedan dioses como personajes del cuento" [33].

27 COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 26.

28 Debemos aclarar que cuando COLLINGWOOD utiliza la palabra "historia" en este caso, no lo hace en el sentido en que la hemos definido, sino que significa para él "relato de hechos conocidos para información de personas que los desconocen, pero que, en cuanto creyentes en el dios de que se trata, deben conocer los actos por los cuales el dios se ha manifestado".

29 COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 26.

30 COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 26.

31 COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 26: "...las acciones divinas registradas por el mito no son sucesos fechados en el pasado, porque si bien se conciben como acontecimientos pasados, se trata de un pasado sin fechas que es tan remoto que nadie sabe cuándo ocurrió".

32 FRANKFORT, H. y FRANKFORT H. A., WILSON, J. A. y JACOBSEN, T., *El pensamiento prefilosófico. Egipto y Mesopotamia.* México, 1954, pág. 39.

33 "El asunto que así se expresa míticamente en el lenguaje de la sucesión temporal es, en términos propiamente míticos, las relaciones entre varios dioses o varios elementos de naturaleza divina. De aquí que lo propiamente mítico siempre sea, en índole, Teogonía." COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 26.

Dos ejemplos servirán para aclarar debidamente las características de ambos tipos de relatos.

El primero contiene una explicación de Hammurabi al hecho extraordinario de que Babilonia se hubiese acreditado la hegemonía de todo el sur de la Mesopotamia. El rey señala a sus súbditos que esa circunstancia respondía a que Marduk, divinidad protectora de la ciudad de Babilonia, hubiese sido designada por la Asamblea de Dioses presidida por Anu y Enlil, a los efectos de hacerse cargo de la tarea de Enlil. De allí que Hammurabi, cuya misión era servir de administrador humano de Marduk, hubiese podido llevar a cabo exitosamente la conquista de todas las ciudades de la Mesopotamia Meridional [34].

"Cuando el excelso Anu, rey de los Anunnakis, y Enlil, señor del cielo y de la tierra,
quienes determinan los destinos del país, designaron a Marduk, el primogénito,
hijo de Enlil, para desempeñar las funciones de Enlil sobre todos los hombres, lo hicieron grande entre los Igigi,
dieron a Babilonia su nombre supremo
la hicieron sobresalir (en grandeza) en el mundo,
y colocaron con poder entre
nosotros un rey permanente cuyas bases están (tan) firmemente asentadas como
(las del) cielo y la tierra —entonces Anu y Enlil me llamaron para procurar el bienestar del pueblo,
a mí, Hammurabi, el obediente, el príncipe temeroso de Dios, para traer la justicia a la tierra,
para destruir al malo y al perverso, de manera que el fuerte no dañe al débil
y que yo pueda ascender como el sol sobre el pueblo pelinegro, iluminando la tierra.

El segundo ejemplo elegido es el magnífico poema llamado Enuma Elis, que relata el origen de las características más importantes del Universo. En este mito el personaje central es Marduk, pero —como bien afirma Thorkild Jacobsen— así como los escribas asirios reemplazaron luego el nombre de Marduk por el de su propio dios, Assur, así es seguro que el de Marduk reemplaza al de Enlil de Nippur. Las razones para afirmarlo son múltiples, pero las más importantes para creer en la existencia de un poema anterior cuyo personaje central era Enlil, son que Marduk tenía características que "no encajaban" en las que le atribuyen en el poema y que, además, Enlil, siendo la segunda deidad mesopotámica, no tiene papel alguno en la acción del poema Enuma Elis [35].

El poema puede datarse en torno al III milenio, y comienza así:

Cuando (todavía) no se hablaba de un cielo arriba
Y no se pensaba (todavía) en el nombre de un suelo firme, abajo;

34 FRANKFORT, H. y vs., *Op. cit., págs.* 253-254.

35 "Originalmente —dice JACOBSEN— Marduk era una deidad agrícola o tal vez, solar; en tanto que el personaje central de *Enuma Elis* es un dios de la tempestad, como lo era Enlil.

(Cuando) únicamente el primordial Apsu, su engendrador
y Mummu y Ti'amat —la que dio nacimiento a todos ellos—
Mezclaban sus aguas en una;
Cuando no se había formado ningún pantano (y) no podía hallarse
isla alguna;
Cuando ningún dios había surgido,
Ni había recibido nombre, ni tenía determinado (su) destino,
Entonces fue cuando se formaron los dioses en su interior,
Nacieron Lahmu y Lahamu y se les dio nombre;
Aumentaron, a través de las edades, su gran talla;
(Entonces) fueron creados Anshar y Kishar, que los superaron;
Viviendo muchos días, a través de los años.
Su hijo fue Anu, igual a sus padres.
Anshar hizo a su primogénito, Anu, a su semejanza,
Anu, por su parte, hizo a su semejanza a Nudimmut.
Nudimmut sobresalió entre los dioses, sus padres;
Con oídos muy abiertos, sabio, dotado de gran fuerza.
Más poderoso que el padre de su padre, Anshar,
No tuvo igual entre los dioses. [36]

Hans Freyer ha expresado con suma precisión los motivos por los que las producciones de "tipo histórico", que forman una buena parte de los escritos descubiertos en el Oriente Próximo no pueden calificarse de propiamente históricos [37]. Dice el autor de "Weltgeschichte Europas" que no se trata de que estas culturas no estuvieran metidas en la historia y no tuvieran ningún sentimiento de ellas. Existen históricamente, tienen sentimiento de la historia y conciencia de ella. Esta conciencia se expresa en muchas obras, y en el caso de Egipto se podría decir que se expresa en cada una de las suyas. Pero no se expresa en Historia. Son seres históricos, pero la estructura de su historicidad es tal que la historia no se presenta en ellos.

Estas culturas, para nuestro autor, "están convencidas de que existen desde el comienzo del mundo y que su existencia no tendrá fin. Tiempo y espacio cultural son categorías esencialmente distintas a las que habrían de surgir en la Historiografía Griega. Por un lado hay una convicción absoluta en torno a la fijeza de los «límites» del espacio cultural y por otro no piensan que «fue y por consiguiente ya no es», sino por el contrario «fue, luego existe todavía». En las culturas que de tal manera están edificadas sobre la permanencia, las noticias escritas de

36 JACOBSEN, *Op. cit.*, págs. 225-227, explica el mito del siguiente modo. La etapa primitiva del universo es vista como un caos acuoso que comprendía tres elementos mezclados: Apsu (aguas dulces), Ti'amat (el mar) y Mummu (¿las nubes y la niebla?). De este caos acuoso nacen dos dioses: Lahmu y Lahamu, engendrados por Apsu y concebidos en el cuerpo de Ti'amat. Seguramente representan el sedimento formado en las aguas; ambos engendran otra pareja divina: Anshar y Kishar (los dos aspectos del horizonte). De ellos nace Anu, dios del cielo, y éste engendra a Nudimmut (equivalente a En ki, el "Señor de la tierra"). Se trataría, pues, de una explicación basada en la formación de nuevas tierras en la Mesopotamia, de un terreno de aluvión que se hubiese ido formando en el transcurso de millares de años por el sedimento de los dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris, que se va depositando en su desembocadura.

37 FREYER H., *Op. cit.*, pág. 91.

hazañas y acontecimientos —concluye Freyer— tienen su función determinada y su claro sentido ético. Están inscriptas en el edificio de la cultura como un ornamento; no son «inscripción» en un sentido puramente técnico, sino que lo son esencialmente. Y en realidad en ellas se inscriben como conciencia los acontecimientos cambiantes sobre el fondo de la permanencia: como señales que distinguen los plazos temporales que están sustancialmente predeterminados, como relleno de los años de gobierno de los reyes, como nombre propio de los años. Pero esto no es historiografía sino calendario.'' [38]

Podríamos seguir buscando razones en la moderna bibliografía o ejemplos en la abundante literatura de tipo histórico de todo el Oriente Próximo: pero ¿para qué continuar el análisis de estas producciones que, como en el caso de las inscripciones egipcias —por ejemplo— son ''voluntariamente misteriosas, cuando se trata de doctrinas religiosas, o monstruosamente parciales, cuando se trata de un relato biográfico o propiamente histórico?'' [39] Nada hay aquí que pueda correctamente asimilarse a una ''recreación intelectual del pasado humano basada en la pesquisa de ''res gestae'' sobre la base de testimonios. No hay preocupación alguna por «investigar la verdad de los hechos». Con justa razón afirman Drioton y Vandier [40] en una conocida obra sobre Egipto, al referirse a las fuentes escritas: ''...no se pueden utilizar esas fuentes sino con gran prudencia. Tomándolas demasiado al pie de la letra, se corre el riesgo de ver en Egipto un pueblo de santos, dirigidos por reyes siempre vencedores. La verdad, evidentemente, es muy distinta''.

Concluyendo, no es en las culturas del Oriente Próximo donde podremos encontrar los antecedentes de la actitud genuinamente histórica que da lugar al nacimiento del método inquisitivo-crítico.

La excepción a esta regla parecería poder encontrarse en el pueblo hebreo, cuya pensamiento histórico volcado en la Biblia ha desempeñado preponderante papel en la evolución de la historiografía occidental. No en balde una de las inteligencias más agudas del pensamiento contemporáneo, W. Dilthey, en su ''«Introducción a las Ciencias del Espíritu'' [41] asienta el párrafo siguiente:

> "Tan sólo cuando la marcha histórica es revivida por la fantasía en los puntos más profundos en que tiene lugar el avance, nace la comprensión honda del desarrollo histórico. Cuando en las luchas de conciencia de San Pablo chocaron la ley judía, la conciencia pagana del mundo y la fe cristiana..., entonces se hallaron juntos en esa conciencia un gran pasado histórico y un gran presente histórico. Los dos fueron captados en su base más profunda: la religiosa; se vivió un tránsito interno, y así se reveló la plena conciencia de un desarrollo histórico de toda la vida del alma."

38 FREYER H., *Op. cit.*, pág. 39. ''En realidad los calendarios son la más auténtica expresión y junto a la escritura quizá la obra más profunda de aquellas culturas que se saben situadas en el tiempo como permanencia. En tales obras se realiza esta conciencia como forma pura.''

39 DRIOTON, E. y VANDIER, J., *L'Egipte*. París, 1952, pág. 10.

40 DRIOTON, E. y VANDIER, J., *Op. cit.*, pág. 10.

41 DILTHEY, W., *Introducción a las ciencias del espíritu*. Bs. Aires, 1948, pág. 147. Ver al respecto la opinión de THYSSEN, J., *Historia de la filosofía de la historia*. Bs. Aires, 1954, págs. 20-21.

Es evidente, como decíamos, que el pensamiento histórico del pueblo judío tuvo una notable incidencia en el occidental, pero para darle una ubicación exacta dentro de nuestro ensayo, debemos referir esa trascendencia no a todo el proceso occidental, sino al nacimiento del método inquisitivo-crítico. Así, sin negarle la jerarquía que ha tenido, debemos preguntarnos si realmente incide de algún modo en el origen de la historia como pesquisa de "res-gestae". A ello nos ayudará sobremanera la opinión de uno de los más caracterizados especialistas argentinos en la materia. "Creemos —dice León Dujovne— que no es aventurado decir que desde el Renacimiento, la civilización de Occidente, a la vez que desarrolló a un grado insólito la ciencia de origen griego, fue elaborando cada vez más una visión de la historia integrada por ideas de las cuales algunas, acaso las más importantes, tienen notorios antecedentes hebreos." [42]

En esta cita podemos hallar la clave que nos permita, al mismo tiempo que hacer justicia a la innegable jerarquía del pensamiento histórico hebreo, y señalar con exactitud el grado de su participación efectiva en el proceso historiográfico occidental, retornar a nuestro planteo inicial, dejando aclarada esta importantísima cuestión.

Admitiremos con el citado autor, cuya autoridad personal se ve reforzada por el manejo permanente de las obras más modernas y caracterizadas sobre el tema —algunas de las cuales resultan de muy difícil acceso en nuestro medio— [43], que a la religión de Israel se le ha de reconocer como inherente una visión de la historia y que aun puede afirmarse que esta religión es, bajo diversos aspectos, una religión histórica. Hay todo un pensamiento histórico que se traduce de la Biblia Hebraica, cuya importancia ha sido capital [44].

Lo que sí diremos es que la actitud histórica de los hebreos es fundamentalmente distinta de la griega y que si podemos hablar de los helenos como creadores de una historia científica, podemos —con igual razón— reivindicar para los hebreos el galardón de haber sido los primeros filósofos de la historia [45].

Hay, pues, una preocupación diferente en ambos pueblos, el griego y el hebreo, preocupación que se traduce en dos actitudes diferentes frente a la historia [46]. Estas dos corrientes no habrían de encontrarse

42 DUJOVNE, L., *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media*. Bs. Aires, 1958, págs. 27 y ss.

43 Entre otras, por ejemplo, la obra de YEHEZKIEL KAUFMANN, *Historia de la Religión de Israel*, en lengua hebrea, Tel Aviv, 1956. (En esta fecha se publicó el tomo VIII, pues el primero había sido publicado ya en 1937).

44 No es éste el lugar para ocuparnos extensamente de este problema; remitimos a la citada obra de LEÓN DUJOVNE, en la cual se hallará también la bibliografía correspondiente.

45 Cita al respecto Dujovne las opiniones de diversos tratadistas, como Renán, Berdiaeff, Morris Cohen y Harold Knight, quienes —aunque con argumentos distintos— reivindican la paternidad israelí de la filosofía de la historia. DUJOVNE, L., *Op. cit.*, pág. 32.

46 DUJOVNE, L., *Op. cit.*, pág. 29, sintetiza así los cuatro caracteres del pensamiento histórico hebreo que lo diferencian del de los griegos: 1) Presentación de la historia como un proceso que se despliega desde el comienzo. 2) Asociación de lo particular y lo universal en la historia, es decir, la asociación entre referencias a distintas historias nacionales, especialmente de Israel, y la idea de una única historia

realmente hasta muchos siglos después de la aparición en Grecia del método inquisitivo-crítico, circunstancia que —a nuestro criterio— nos exime de realizar en este ensayo un tratamiento especial del problema de la historiografía judía, sin dejar de señalar que existe una marcada diferencia entre los textos de tipo histórico contenidos en el Antiguo Testamento y sus correspondientes de otros pueblos del Oriente Próximo, diferencia que radica sobre todo en el hecho de que "mientras el elemento teocrático en estas otras literaturas es en su mayor parte de carácter particularista, en la literatura hebrea tiende a ser universalista." [47] "A diferencia de la leyenda babilónica de la creación, la leyenda hebrea es un intento... de dar razón no sólo del origen del hombre en general, sino del origen de los diversos pueblos en que se dividía la humanidad, según noticias que sobre ellos tenían los autores de la leyenda. En verdad casi podría afirmarse que la peculiaridad de la leyenda hebrea comparada con la babilónica, estriba en que sustituye la teogonía por la etnogonía." [48]

### Las formas pre-historiográficas en el Mundo Griego

El Mundo Griego tuvo también, como tuvieron las grandes culturas del Oriente Próximo, una rica producción de tipo pre-historiográfico o cuasi-histórico. Son armoniosos los relatos, asimilables por sus características a las producciones mítico-teocráticas, donde sólo se patentizan fines recreativos-didácticos, sin una preocupación definida por encontrar la verdad en los hechos pasados. El poeta épico griego tiene siempre presente lo antiguo, pero está al propio tiempo obligado a sostener su perspectiva, es decir, a "mantenerle en su lejanía, mas, al mismo tiempo, ponerlo cerca con múltiples medios, para que la gloria de aquello sea su propio orgullo" [49]. No investiga, no critica ni reúne testimonios; se limita a repetir con la mayor exactitud posible aquello que ya es conocido y, como dice Freyer, a "reforzarlo cada vez más como norma, pero al mismo tiempo dejar la puerta abierta al asombro, la compasión y el entusiasmo transformándolo de nuevo en singular y contingente, en acontecimiento conmovedor" [50].

Por eso las obras del más grande de los poetas épicos griegos, Homero, no pueden ser calificadas como "investigación", sino como "leyenda" y en buena parte "leyenda teocrática" [51]. Tanto en la Ilíada como en la Odisea los dioses actúan sobre los hombres casi en la misma manera en que lo hacían en las leyendas cuasi-históricas de la Mesopotamia.

de la humanidad. 3) La certidumbre de que los acontecimientos que se integran en el proceso llamado historia, tienen sentido si se los considera con criterio moral. 4) La conciencia de que el desarrollo de la vida de la humanidad conduce a un futuro mejor.

47 Collingwood: *Op. cit., pág.* 28, agrega "pero bajo la influencia del movimiento profético, es decir, aproximadamente a mitad del siglo VIII en adelante, se vino a conceptuarlo (al dios de los hebreos) más y más como el jefe divino de toda la humanidad y, por lo tanto, ya no se esperaba de él que protegiera los intereses hebreos en oposición a los de otras comunidades particulares, sino que se esperaba que los tratase de acuerdo a sus méritos..."

48 Collingwood, *Op. cit.*, pág. 29.

49 Freyer, H., *Op. cit.*, pág. 251.

50 Fryer, H., *Op. cit.*, pág. 251.

51 Freyer, H., *Op. cit.*, pág. 251.

Tampoco el factor temporal es asimilable en esas producciones al tiempo propiamente histórico; en el "epos" la acción se desarrolla en varios tiempos: "en el de los antepasados que realizaron aquellas hazañas, pero también en el tiempo de los nietos que los cantan y oyen y, sobre todo, en una época que quizá nunca existió y que siempre es, y en la que tiene su existencia intemporal lo grande, lo divino, lo fatal... la vida presente es vista a la vez desde el fondo dorado de un pasado mayor y con ello realzada, mientras que el tiempo antiguo es realzado con la conciencia de su propio honor" [52].

A estas formas se suman otras estrictamente míticas, como lo son las obras de Hesíodo. Pero ello no quiere decir que identifiquemos totalmente las formas orientales del mito y la historia teocrática con las similares griegas, dado que los griegos habrían de introducir innovaciones importantes en sus creaciones pre-historiográficas. Dichas innovaciones son de extraordinario interés para dilucidar el proceso que conduce de las formas prehistoriográficas a las proto-historiográficas. En efecto, los griegos, además de llevar a cabo la reducción de los hechos colectivos a singulares —lo que no hubiese significado una novedad de fuste— manifiestan señalada aptitud para circunscribir y reducir los plazos temporales: "El acentuado antropomorfismo que procede de la esquematización del pasado mueve a ajustar los esquemas de tiempo de modo que el desarrollo histórico quede encerrado dentro de los límites de la aventura individual" [53]. Asimismo es notable en los poetas de la época homérica, la proclividad a dejar de lado lo enteramente circunstancial para arribar a las grandes generalizaciones, características del espíritu griego. Así, pues, tanto Homero como Hesíodo, nos hacen penetrar en las esferas de lo universal, en un "mundo" que busca ordenarse y presentarse inscripto en claros esquemas en los que predomine el orden, sin esa confusión que emana del exceso de detalles o de la ausencia de principios ordenadores.

Estas formas, aunque no pueden ser consideradas plenamente como históricas, habrán de seguir siendo caras a la sensibilidad helénica, y aun los grandes historiadores, aquellos que trataron de proceder con mayor rigor crítico, dejaron que se filtraran en sus obras elementos legendarios, como ocurre a Tucídides cuando cuenta la primitiva historia de Grecia [54].

## IV

## EL METODO INQUISITIVO-CRITICO EN LAS FORMAS PROTO-HISTORIOGRAFICAS

Todo lo que hemos expuesto nos faculta a afirmar que la nueva actitud frente al pasado y su reconstrucción, generadora del método inquisitivo-crítico, recién habría de irse configurando en torno al siglo VI

52 Agrega HANS FREYER, de quien tomamos los conceptos anteriores, que "la disposición y denominaciones de pueblos y países es de la Grecia Predórica, pero el modo de luchar y el concepto del honor, el tono del trato, la relación con la nave, el caballo y las armas, son de la Edad Media griega.

53 ROMERO, J. L., *Op. cit.*, pág. 35.

54 TUC., I, 1-19. Sobre el tema ver CORNFORD, F. M., *Thucydides Mythistoricus*. Londres, 1907, y COLLINGWOOD, *Op. cit.*, pág. 29.

a. J. C., dentro del marco de las florecientes ciudades jónicas del Asia Menor [55].

Infortunadamente, en esta delicada cuestión, nos vemos obligados a proceder con suma cautela. Ello es la resultante de la falta casi absoluta de fuentes directas, dado que las obras de aquellos que fueron preparando los cimientos de la futura ciencia histórica, nos han llegado en forma de fragmentos, virtualmente pulverizadas. Por regla general se trata de trozos aislados, no demasiado extensos, recuperados casi siempre por medio de autores posteriores.

Para consultarlos contamos con la famosa obra de C. Müller, titulada "Fragmenta historicorum graecorum", editada en París entre los años 1841 y 1870 (V vols.); en dicha colección cada texto va acompañado de una traducción al latín. Más actual resulta la obra que en 1923 iniciara el historiador alemán F. Jakoby, titulada "Die Fragmente der Griechischen Historiker", cuyos comentarios a cada uno de los textos publicados incorporan todos los adelantos de la moderna crítica [56].

A los efectos de dar cierta coherencia a este complejo rompecabezas —o mejor dicho a este intrincado conjunto de piezas sueltas de diferentes rompecabezas— e integrarlas en un conjunto comprensible, debemos echar mano de todos los recursos técnicos, utilizando en especial las opiniones de los historiadores clásicos que manejaron las obras originales, aunque no siempre son ecuánimes, y de los testimonios generales, válidos para la reconstrucción del nuevo espíritu que se va abriendo camino en todos los sectores de la actividad espiritual de los helenos radicados en el Asia Menor.

De entre los autores que nos preocupan ahora, acostumbramos a considerar particularmente a uno: Hecateo de Mileto, al que habremos de dedicar la parte final de este capítulo. Pero, ¿cuál es la magnitud exacta de la deuda de Hecateo, que virtualmente se halla "en el filo" de la historia, para con los que le precedieron por el mismo sendero sin alcanzar su altura? He aquí una pregunta que no resulta muy sencilla de contestar.

No es, por otra parte, una cuestión nueva; muchos historiadores se la han planteado ya, pero, dada la dosis de subjetividad que entraña su solución, se han dado múltiples respuestas, algunas excesivamente aventuradas, cuyo comentario nos parece aquí inoportuno. Habremos, pues, de limitarnos a puntualizar sólo aquellos aspectos que, a nuestro criterio, pueden reconstruirse con cierta solidez aprovechando los escasos testimonios conservados.

El problema puede plantearse del siguiente modo: teniendo como campo las ciudades griegas del Asia Menor y en torno al siglo VI a. J. C., se advierten las primeras manifestaciones de una nueva actitud cognoscitiva frente al pasado, una actitud que podríamos llamar crítica, o mejor

55 Para una descripción ajustada del ámbito jónico en los siglos VI-V a. J. C., ver GLOTZ, G., *Histoire Grecque, Op. cit.*, t. I, pág. 552.

56 Actualmente Jakoby ha abandonado esta tarea, verdaderamente formidable, la que será continuada por Herbert Bloch, quien anunció en el año 1953 su plan de labor (*Amer. Journ. of Phil.*, 1953, pp. 288-296). Para un amplio juicio sobre la obra de Jakoby recomendamos la *Introduzione alla Storia Greca*, de ALBINO GARZETTI, cuyo "pro manuscripto" ha llegado a nuestras manos por gentileza del autor.

aún inquisitivo-crítica, inédita hasta el momento. Para mejor expresar esta novedosa actitud y al propio tiempo para dejar sentada la distancia que los separaba de la tradición épica, aquellos que compartieron la flamante actitud utilizaron inclusive una forma de expresión inusitada hasta entonces en esa clase de relatos: la prosa.

Esta es la circunstancia en la que se suele hacer mayor hincapié, llegando algunos hasta pretender explicar todo el proceso como una consecuencia casi exclusiva de la nueva forma de expresión, la cual, por otra parte, acabó dando nombre a quienes la cultivaron: logógrafos.

Nosotros, sin que ello signifique desconocer las amplias posibilidades que la prosa traía aparejadas, pensamos que no es el hecho de haber abandonado el verso lo que otorga originalidad y trascendencia al proceso. Aquello que creemos definitorio es la actitud frente al pasado que emerge de los escritos logográficos, actitud que ofrece una doble faceta:

1) Nueva actitud en la forma de llegar hasta el pasado y reconstruirlo.
2) Nueva actitud en la forma de comprenderlo y explicarlo.

Late en los fragmentos conservados una nueva y palpitante forma de penetrar en el pasado, un pasado que se presiente cada vez más libre de la frondosa masa de leyendas y mitos, un pasado que finca sus raíces no en el complejo mundo de los dioses antropomórficos, sino en fuerzas de flamante descubrimiento, cuyas implicaciones trataban, cada vez con menor timidez, de desembrollar los logógrafos.

¿A qué obedecía este cambio? ¿Por qué abandonar los simétricos y trillados caminos de la epopeya —tan cara al sentimiento griego y de tan probada eficacia— e internarse en un nuevo y peligroso laberinto de búsquedas, dudas y explicaciones, lindantes algunas con la impiedad?

Podemos señalar aquí dos líneas de fuerza que se acoplan para impulsar este cambio. Son fuerzas rigurosamente nuevas para los griegos, unas de carácter interno y otras de origen externo que, al trastornar el orden tradicional, destruyen contemporáneamente la seguridad helénica sobre su propio pasado y le obligan virtualmente a revisarlo.

El proceso que da lugar al nacimiento de las fuerzas internas que operan sobre los logógrafos emerge de la ruda competencia entre los nobles de sangre —entre aquellos que se sentían dueños del presente, puesto que sus antecesores lo habían sido del pasado— apoyados en las gloriosas tradiciones, sistematizadas por la épica, que se alineaban a sus espaldas y aquellos que habían aprendido a vivir mejor y a llegar inclusive al éxito manejando resortes nuevos, totalmente desvinculados de la prosapia tradicional. Los individuos que sin dejar de creer y respetar a los dioses, hallaron la fortuna en el comercio y aprovecharon de ella para arribar al poder y a la fama, acabarían por convencerse de que no había por qué no tratar de otorgar inteligibilidad al pasado humano a través de los mismos principios que eran válidos para comprender su pasado individual. ¿Acaso no podrían ser el ansia de riqueza, la ambición por llegar al poder y el amor a la gloria las fuerzas ocultas tras la hojarasca épica? [57]

Desde entonces ya no resultó posible aceptar en bloque la tradición,

57 Ver Romero, J. L., *Op. cit.*, págs. 42-43.

y se trataría de descubrir por medio de afanosas búsquedas aquello que permanecía oculto tras las leyendas y mitos; habría, pues, que comparar, interpretar, valorar —en suma, criticar— los datos acumulados.

Pero quizá esta nueva actitud, enraizada en los sacudimientos de las ya vetustas estructuras sociales helénicas, no hubiese llegado a estabilizarse por falta de perspectivas espacio-temporales, por falta de elementos de juicio y de términos de comparación, sin la intervención de fuerzas externas de singular importancia. Los griegos carecían de un pasado consciente más allá de un limitado número de generaciones y sus conocimientos geográficos directos se limitaban casi a la órbita mediterránea.

De haber subsistido tal estado de cosas, es muy probable que la nueva concepción no hubiese superado en mucho su carácter de reacción momentánea de las nuevas clases contra las rancias aristocracias urbanas.

Pero, a mediados del siglo VI, las ciudades jónicas se verían primero presionadas y luego sometidas por la fuerza expansiva de un vasto imperio de tipo universal. Los persas llegaban a las costas del Asia Menor, luego de apoderarse del reino de Lidia e incorporar a su órbita las ricas ciudades griegas. Esta coyuntura, al parecer desfavorable, habría de ejercer un efecto decisivo sobre el futuro de la cultura griega, pues el Gran Rey aprende pronto a utilizar en su propio provecho los conocimientos técnicos, el empuje y las cualidades de los griegos de Asia. Así, con cien matices diferentes, los jonios participan activamente en la vida cultural, económica y militar del vasto imperio persa. Ello les significó pónerse en contacto directo con remotas ciudades, con culturas milenarias dotadas de ricas tradiciones; en síntesis, con un mundo nuevo y maravilloso, enormemente atractivo para el inagotable espíritu aventurero del pueblo griego. Estos contactos son los que obran a modo de catalizador incidiendo positivamente sobre aquella nueva actitud —aún incipiente— que los jonios comenzaban a adoptar frente al pasado, su reconstrucción e interpretación. Un ejemplo claro de la forma en que se opera dicha transformación espiritual lo podemos encontrar en Hecateo de Mileto, el más famoso entre todos los logógrafos [58].

Hecateo, cuya actuación podemos encuadrar a fines del siglo VI a. J. C., tuvo reiteradas oportunidades de ampliar los horizontes de sus conocimientos sobre otras tierras y otras culturas, pues sus actividades al servicio de los persas le llevaron por las costas del Egeo, las del mar Negro e inclusive a las más lejanas comarcas del imperio, entre ellas a Egipto, conquistado poco tiempo antes. Esas preciosas experiencias las concretó en una primera obra destinada a satisfacer la ávida curiosidad de sus compatriotas por conocer tantas cosas maravillosas, como las que contaban viajeros, comerciantes y mercenarios licenciados. Se trata del trabajo titulado "Periplo" (Περίοδος γῆς) cuya estructura no difiere

58 Para una nómina de los principales logógrafos y de sus obras principales, ver CASSANI-PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Del Epos... Op. cit.*, págs. 28-30.

—según parece— de los similares que proliferaron en su época, sino en la calidad y agudeza de las observaciones [59].

A nosotros esta obra no nos interesa tanto como las Genealogías (γενεαλογίαι) fruto ya de la madurez del escritor, pues desde el punto de vista de este ensayo, el Periplo vale sobre todo como término de comparación para advertir los efectos que las experiencias vividas tuvieron sobre la actitud cognoscitiva de Hecateo.

G. de Sanctis, reconocida autoridad en el tema [60], afirma con certero criterio que su descubrimiento de mayor fuste se forjó en la madurez del escritor cuando, tras comparar las tradiciones propias con las de los bárbaros, hubo de reconocer a las ajenas mayores visos de certidumbre que a las propias. Ello le lleva a tratar de juzgar los hechos pasados con una ecuanimidad que trataba de ser ajena a todo sentimiento nacional o individual. Así "Hecateo sentaba las bases de uno de los mayores dones que el espíritu helénico, superando no menos la barbarie propia que la ajena, ha brindado a la humanidad; la ciencia histórica." [61]

Pertenece a las Genealogías de Hecateo la célebre cita, que es en realidad todo un manifiesto: "Lo que escribo —dice Hecateo de Mileto— es lo que me parece verdadero, pues las tradiciones de los griegos son diversas (vale decir contradictorias) y, a mi ver, ridículas." [62]

Esta frase, al parecer inofensiva, constituye uno de los pilares de la ciencia histórica, aunque el mismo Hecateo no fue capaz de llevarla a la práctica en todos los casos ni, por supuesto, hacerla llegar a sus máximas implicaciones.

En verdad Hecateo ni siquiera pretendió hacer historia tal como la entenderían luego sus sucesores, lo que intentó realmente fue separar del vasto acerbo de las tradiciones aquello que era pura fábula, de lo que él pensaba había ocurrido realmente. Esta actitud de Hecateo, que se suele atribuir por regla general a la profunda impresión que le causa su viaje a Egipto, no implicaba en manera alguna la negación lisa y llana de las tradiciones.

Muy agudamente cala De Sanctis en la mentalidad de Hecateo cuando afirma que éste no ignoraba, ni podía ignorar, los recursos para penetrar en la verdad de un hecho histórico pero, al propio tiempo no dudaba, pese a lo ridículas que particularmente pudieran aparecer las tradiciones helénicas, que eran en substancia tradiciones históricas y representaban en su conjunto el más remoto pasado del pueblo griego.

La tarea de Hecateo consistió entonces en "racionalizar los mitos" quitándoles todo aquello que resultase contradictorio y combinándolos en un sistema cronológico único.

59 El *Periplo* (Viaje alrededor del Mundo) es una verdadera descripción geográfica del mapa de Anaximandro, de la cual se valió debidamente Heródoto (V 49) y parece haber sido muy apreciado en su época, considerándosele superior a otros parecidos, como el de Carón de Lampsaco.

60 El conocido historiador italiano Gaetano de Sanctis ha publicado un excelente trabajo sobre Hecateo titulado *Intorno al razionalismo di Ecateo. Riv. di Filol.* N. XI, 1933. Sus ideas generales sobre el proceso que analizamos pueden consultarse en la *Storia dei Greci,* Firenze, 1954, t. II, pág. 201.

61 De Sanctis, G., *Storia dei Greci. Op. cit.,* pág. 205.

62 Hecateo, II-12.

"Hércules —por ejemplo— era un simple mortal, hijo de dos mortales que le habían puesto el nombre de un antiguo dios egipcio, y había llevado a cabo una serie de empresas nada despreciables, pero no superiores a las fuerzas de un hombre" [63].

Se pone de manifiesto así en este autor una "ingenua fe en la razón" que lo condujo indudablemente a afirmaciones tan dignas de risa como los mitos que depuraba. Pero éste es el verdadero legado de Hecateo: su posición crítica, que pese a toda la ingenuidad que queramos atribuirle, constituyó un enorme paso adelante en comparación con todos los que antes de él, se limitaron a repetir servilmente los relatos tradicionales sin someterlos a ningún tipo de análisis [64].

63 "La sua lotta col mostro Gerione nella fontana Eritia e il suo miracoloso viaggio dall'Occidente all'Oriente con le vacche sottratte al mostro si reducevano a una razzia perpetrata ai danni d'un re d'Epiro e ad una modestissima escursione dall'Epiro all'Argolide; la discesa nell'Hades e l'incatenamento di Cerbero, alla lotta contro un serpente venefico soprannominato «cane dell'Hades» presso la bocca d'una grotta sul Tenaro; un serpente del resto neppure gigantesco come avverte un frammento recentemente scoperto, ma solo più terrible degli altri pel suo veleno." De Sanctis, *Op. cit.*, págs. 203-204.

64 De Sanctis, *Op. cit.*, pág. 204.